

LIBROS

58

LETRAS LIBRES
SEPTIEMBRE 2019

Leslie Holmes

• ¿QUÉ ES LA CORRUPCIÓN?

Guillermo Sheridan

• BREVE REVISTERO MEXICANO

Cristina Morales

• LECTURA FÁCIL

Martín Bergel

• LA DESMESURA REVOLUCIONARIA.
CULTURA Y POLÍTICA EN LOS ORIGENES
DEL APRA

Jared Diamond

• UPHEAVAL. TURNING POINTS FOR
NATIONS IN CRISIS

Paul Morley

• ¿QUIÉN MATÓ A MICHAEL JACKSON?
CÓMO LA SOCIEDAD CREA Y DESTRUYE
ÍDOLOS



ENSAYO

La omnipresente corrupción



Leslie Holmes
**¿QUÉ ES LA
CORRUPCIÓN?**
Traducción de Stella
Mastrangelo
Ciudad de México,
Grano de Sal, 2019,
190 pp.

FERNANDO GARCÍA RAMÍREZ

Se pueden instalar cámaras, implantar sistemas complejos, alentar la delación de colegas y vecinos, practicar auditorías, instrumentar la rotación de personal, denunciar mediante reportajes, estigmatizar socialmente al corrupto, etcétera, pero lo cierto es que, como afirma Leslie Holmes en este breve e ilustrativo libro, “la corrupción nunca desaparecerá por completo”. Está presente en todas las épocas y en todas las culturas. “Ha sido un problema desde el comienzo de la historia humana” y probablemente sea hoy, por sus implicaciones sociales y económicas, el problema número uno del planeta.

No existe sociedad sin corrupción. Puede ser, como ocurre en los países del norte de Europa y de Oceanía, que no esté muy extendida, pero existe. Hay por lo menos diez países que castigan con la pena de muerte la corrupción (China a la cabeza): tan poderosa es la pulsión por violar las reglas que solo la amenaza de muerte puede contenerla. La corrupción omnipresente delata nuestra condición impura. Si se relajan las reglas y decae la vigilancia, la corrupción aflora aun en las sociedades que creían haberla expulsado para siempre. La corrupción está tan enraizada en el comportamiento humano que “solo se puede solucionar —afirma Holmes— en forma parcial: puede ser controlada pero nunca erradicada por completo”.

De acuerdo: está en todas partes. Quizás habita en cada uno de nosotros sin que lo sepamos. Pero, a todo esto, ¿qué es la corrupción? El organismo más prestigiado en su combate, Transparencia Internacional, acuñó la siguiente definición: corrupción es “el abuso de poder confiado a alguien para obtener una ganancia privada”. Esta ganancia no refiere siempre a una retribución económica. Por ejemplo, el nepotismo. Hay quienes hacen favores desde un puesto público para obtener más poder, no necesariamente dinero.

¿A qué se debe que los países del norte de Europa (Noruega, Suecia, Dinamarca, Islandia, Finlandia) tengan menos corrupción que los del sur (Italia, Grecia)? ¿O que los países europeos tengan menores niveles de corrupción que los latinoamericanos y estos menos que los países africanos? ¿Se trata del nivel de educación? “Los países protestantes —afirma Holmes— son vistos como menos corruptos que los católicos. Y los católicos menos corruptos que

los musulmanes.” ¿Se trata de una cuestión religiosa? Las evidencias señalan que es igualmente corrupto el rico que el pobre, el educado que el inculto. Asimismo está comprobado que “los sistemas políticos con una alta proporción de mujeres en el gobierno generalmente tienen niveles de corrupción más bajos que los que tienen una menor representación femenina”. Hay corruptos en todas las culturas, en todas las religiones, en todos los estratos sociales a pesar de que, según la mayoría de las filosofías y religiones, “todos nacemos con un sentido intrínseco del bien y del mal”.

No se cuenta con una definición universal del problema. Para unos la corrupción solo es tal si la ejecutan servidores públicos, mientras que para otros la corrupción puede darse en los ámbitos público y privado. Hay diferencias culturales que dificultan la definición (y por lo tanto el combate) de este flagelo. En las culturas occidentales está mal visto que un funcionario reciba regalos, mientras que en muchas naciones orientales es un insulto negarse a recibir un obsequio. En Occidente se considera corrupto que un funcionario incorpore a familiares al gobierno, mientras que en países como Indonesia es una práctica normal. En Inglaterra en cambio se acostumbra privilegiar desde el poder a quienes cursaron su carrera en la misma universidad, que es algo equivalente. Así como es compleja la definición de la corrupción, también lo es la medición de su impacto debido “al carácter intrínsecamente secreto del fenómeno”.

¿Qué es la corrupción?, de Leslie Holmes, es una magnífica introducción a un tema complejo. Comenzando por el hecho de que los analistas no se ponen de acuerdo en la definición del fenómeno. Los políticos en cambio lo tienen claro:

corrupto es el acto (aunque ellos mismos lo practiquen) que cometen sus adversarios.

Las definiciones varían, según la cultura, lo que hace que las legislaturas de cada país la tipifiquen de forma diferente. Pero no todo es nebuloso, hay cosas claras, como que “los sistemas autoritarios son más corruptos que los sistemas democráticos”; los implicados suelen actuar por interés personal o de grupo en contra de los intereses del Estado; la corrupción es clandestina, enemiga de la transparencia; los sistemas jerárquicos tienden a ser más corruptos. Si en una familia el apego a la familia es muy alto, la lealtad hacia el Estado es inferior, lo que propicia actos de corrupción. En términos de justicia, se piensa que hay menos corrupción en el sistema de *common law*, propio de la tradición anglosajona, que bajo el sistema romano porque el primero es “más independiente de la élite política”. Se sabe que una “cultura de respeto hacia el Estado de derecho está estrechamente relacionada con niveles bajos de corrupción”. Está comprobado que los países con sistemas proteccionistas “tienen niveles más altos de corrupción entre los burócratas del Estado que los países que alientan un comercio más liberal”. En cambio, no hay suficiente evidencia para afirmar que un Estado grande sea más corrupto que un Estado mínimo, o que un mayor intervencionismo del Estado en la economía procure una mayor corrupción. Según Max Weber, para que el Estado funcione bien no basta el régimen democrático sino que es necesario que cuente con una cultura de Estado de derecho bien desarrollada.

Tras la lectura del libro de Holmes algo queda muy claro: no hay evidencia alguna de que si la

cabeza del Estado es honesta el cuerpo burocrático también lo sea. Ni tampoco de que sea eficaz barrer la corrupción, como las escaleras, de arriba a abajo. Es decir: no es nada brillante nuestro panorama. —

FERNANDO GARCÍA RAMÍREZ es crítico literario. Mantiene una columna en *El Financiero*.



HISTORIA LITERARIA

Alma revistera



Guillermo Sheridan
BREVE REVISTERO MEXICANO
Ciudad de México, IIF-UNAM, 2019, 400 pp.

PABLO SOL MORA

Hasta hace no mucho, todo grupo de jóvenes con inquietudes literarias que se respetara llegaba más temprano que tarde a la misma conclusión ineluctable: hay que hacer una revista. Luego —en los bares, en los cafés, en las universidades— se sucedían infinitos debates: cómo sería la publicación, a favor de qué y contra qué (porque una revista literaria, por supuesto, tiene que estar a favor de ciertas cosas y en contra de otras o es un folleto informativo), qué idea de la literatura enarbolaría, a quiénes se invitaría, cada cuándo saldría y, ya más prosaicamente y si el realismo alcanzaba hasta allí, cómo se financiaría, dónde se imprimiría, etc. Después, claro, la revista muchas veces no se hacía nunca (¿cuántos proyectos abortados habrá en ese revistero fantasma?), o salían dos números y todo el asunto pasaba rápidamente a mejor vida. ¿Te acuerdas de cuando quisimos hacer una revista?

Bien que mal, de ese generoso impulso juvenil solían nacer las revistas literarias, emblemas generacionales. Es precisamente de este espíritu del que Guillermo Sheridan traza la historia en este libro, que reúne sus estudios sobre publicaciones literarias del siglo xx en México y que bien puede leerse como una historia alternativa de las letras mexicanas modernas pues, en efecto, pocas cosas reflejan mejor la vida de una literatura que sus revistas. Aquí figuran, desde luego, *Contemporáneos*, *Examen*, *Taller*, *Tierra Nueva*, *El Hijo Pródigo*, *Plural*, *Vuelta*, pero también las menos conocidas y efímeras *Gladios*, *La Nave*, *Pegaso*, *San-Ev-Ank*, *Revista Nueva*, *La Falange*, *Forma*, etc. Sheridan las repasa críticamente, sin excluir la ironía ni el humor (de los poemas de *Savia Moderna* anota: “Hay más poesía en los anuncios: ‘Emulsión de Scott con hipofosfitos de cal y de sosa’”; de *Frente a Frente*, “tiene el encanto de las traducciones que convierten *la chair est triste* en ‘la silla está triste’”, etc.), pero con una simpatía esencial, pues Sheridan posee, qué duda cabe, un “alma revistera”, según la memorable fórmula de Alejandro Rossi.

Una misma idea se repite varias veces a lo largo del libro: estudiar revistas literarias y hacer su historia es un capítulo de la historia de las ideas o las mentalidades, o sea, de la historia intelectual. Estudiar a fondo una revista, indizarla, escribir su “biografía” debería ser una de las principales tareas de la academia literaria. Lo es —este libro es un buen ejemplo—, pero, como el propio Sheridan observa, debería serlo más sistemáticamente, sobre todo en tesis de maestría o doctorado (sin embargo, los trabajos de historia literaria parecen infravalorados, son poco cultivados y predominan los

trabajos de pseudocrítica en los que se pretende *aplicar* un variado cotel teórico a una determinada obra, dando lugar a textos con frecuencia ilegibles y más bien inútiles).

La publicación de *Breve revistero mexicano* da pie y casi obliga a reflexionar sobre el presente y el futuro de las revistas literarias. El tono del libro, en ese sentido, es francamente pesimista y elegíaco: “En México, como en todo el orbe hispánico, no había movimiento generacional literario de valía que no orbitase alrededor de una revista. Ya no más: todo se ha disuelto en el perol bisbiseante de ‘las redes’”; “las revistas literarias son ‘la mejor respuesta a la declinación de la literatura’, escribió hace medio siglo Lewis Coser. (Bueno: fueron)”, etc. ¿Realmente es así? ¿Ya en ninguna parte del orbe hispánico se juntan cuatro jóvenes con la intención de *renovar* la literatura o la crítica? Naturalmente, el factor decisivo que ha modificado el panorama de las revistas literarias (y de toda la prensa) es el cambio tecnológico representado por el formato digital y la irrupción de las redes. No implica necesariamente su fin, sino su transformación (pese a los agoreros, el periodismo no ha desaparecido ni desaparecerá por el hecho de que la impresión de periódicos haya disminuido y eventualmente desaparezca). De hecho, la tecnología ha vuelto mucho más fácil la creación de revistas y otros medios literarios. Imprimir y distribuir una revista es caro; crear una revista electrónica es, en comparación, muy barato y con mucho mayor alcance potencial. Se argumentará que muchas de las revistas literarias que aparecen en línea a principios del siglo XXI poseen una calidad desigual, tienen una vida efímera y a veces desaparecen sin

mayor pena ni gloria, pero ese fue exactamente el mismo caso de las revistas impresas de principios del siglo xx. Algunas de ellas combinan los formatos digitales e impresos, pero suelen tener en la red su principal medio de difusión (menciono solo algunos ejemplos hispanoamericanos y españoles: *Avispero*, *Bacánika*, *HermanoCerdo*, *Literariedad*, *Lucerna*, *Oculto Lit*, *Otra Parte*, *Revista de Letras*, *Siwa*, *Zopilote Rey*). Es pronto para juzgar cuáles de las revistas que nacieron en la edad de internet perdurarán, se convertirán en referencia en el futuro o serán la semilla de publicaciones más maduras (en todo caso, estoy seguro de que un Sheridan del porvenir escribirá su historia), pero declarar la defunción de la revista literaria parece un poco excesivo.

Para terminar y porque no está de más recordarlo: Sheridan —que a su tarea académica y literaria suma una puntual labor periodística— se ha convertido en uno de los críticos más lúcidos (y, al parecer, incómodos) del poder en México; a tal punto que las delicadas reacciones de este a la crítica han desatado la previsible ola de descalificación e intolerancia de quienes simpatizan con el nuevo gobierno, una respuesta que ya incluyó las amenazas a domicilio. Es curioso: los insultos, las descalificaciones, repiten en algunos casos literalmente los que en su momento recibieron, de otros fanatismos, los *Contemporáneos* (esa miserable banda de conservadores, reaccionarios, elitistas, etc.), que Sheridan ha estudiado a fondo. Han creído denostarlo; lo han honrado. —

PABLO SOL MORA es escritor, crítico literario y director de la revista *Criticismo*. En 2017, el FCE publicó *Miseria y dignidad del hombre en los Siglos de Oro*.

NOVELA

El espejismo de la inclusión



Cristina Morales
LECTURA FÁCIL
Barcelona, Anagrama,
2018, 420 pp.

LILIANA MUÑOZ

Lectura fácil de Cristina Morales (Granada, 1985) es, al mismo tiempo, una novela feminista y una crítica del feminismo, un libro que pone de manifiesto un pensamiento feminista que se cuestiona, que da cuenta del erotismo de las mujeres y su injerencia en las relaciones de poder y que percibe al sexo como modo de apropiación del cuerpo y de uno mismo. La novela es incómoda, no del todo afortunada en algunos aspectos —como la articulación de las cuatro voces o la proliferación de tópicos que producen a veces la impresión de desparpajo—, sin embargo, llega a poner en jaque al lector: al abordar temas como la discapacidad intelectual, el anarquismo, la sexualidad, la enfermedad mental o la heteronormatividad, con un tono desafiante y visceral, Morales se suma a las filas de autoras españolas que han hecho del cuestionamiento una poética y de la rebeldía una propuesta ética, como Sara Mesa, Eva Baltasar o Marta Sanz, por mencionar algunas.

En Barcelona, cuatro parientas con discapacidad intelectual —Nati, Patri, Marga y Àngels— comparten un piso tutelado. La columna vertebral del libro es la novela de Àngels, escrita con el método “Lectura Fácil”, que pretende explicar hasta la extenuación cada concepto a fin de

favorecer la comprensión de quienes padecen alguna enfermedad mental: “En Lectura Fácil / hay que escribir frases cortas / o tú misma cortarlas, porque así se lee más rápido / y te cansas menos leyendo.” Novelista y tartamuda, es la que presenta menos discapacidad de todas y se encarga de relatar el papel que han jugado en sus vidas las CRUDIS y las RUDIS, instituciones que buscan regular el comportamiento de las personas con este tipo de padecimientos. Patri, por su parte, parece ser la más preocupada por acatar las normas impuestas por la Generalitat de Catalunya. Ella misma lo afirma: busca “aprender, con los apoyos adecuados, las aptitudes y habilidades sociales necesarias para convertirme en un miembro de pleno derecho dentro de la comunidad, en una ciudadana integrada cuya diversidad funcional contribuye a la pluralidad”. Por otro lado, Marga, “prostiputa y buscona”, padece depresión e incontinencia sexual; cansada de las reglas inflexibles del Gobierno, solicita ayuda a un ateneo anarquista para llevar a cabo una okupación, descubriendo en el proceso un anarquismo no exento de sistematización, un anarquismo que, paradójicamente, se extravía en el laberinto de las normas. Pero el corazón trágico del libro es Nati, quien, a raíz de un accidente laboral, adquiere el “síndrome de las compuertas”, que la hace sentirse violentada y vulnerable, y que emplea, para protegerse del mundo, todas las herramientas retóricas a su alcance. Poco antes de doctorarse, y con una amplia trayectoria como bailarina, se convierte de súbito en el personaje con la mayor discapacidad y, a la vez, en la más lúcida, inteligente y contestataria.

Las páginas iniciales de *Lectura fácil* pueden dar una idea equivocada del libro. El discurso de Nati lleva

al límite los lugares comunes de la vertiente más radical del feminismo: “Entre las siete u ocho alumnas hay un alumno. Es un hombre pero ante todo es un macho, un demostrador constante de su hombridad en un grupo formado por mujeres. [...] O sea, un fascista. Fascista y macho son para mí sinónimos.” La línea argumental de Nati llega a ser en ocasiones cansina, pues su ideología —que ella tilda de “bastardista”, a raíz de un término acuñado por la boliviana María Galindo— consiste en estar invariablemente “en contra”: contra el patriarcado, contra el eurocentrismo, contra la alienación, contra la opresión, etc. Y, sin embargo, el lector descubre pronto que su insubordinación y su discurso no son mera alharaca. Si en *Feminismo urgente. ¡A despatriarcar!* Galindo explicaba que el deseo había sido domesticado y disciplinado durante la colonización, y que por ello prefiere hablar de bastardismo en lugar de mestizaje, Morales hace extensivo este concepto a varios de los temas de la novela, revelándonos, a través de sus personajes, lo que para ella es el auténtico feminismo: el de unas mujeres que se hacen cargo de sus deseos; unas mujeres que, pese a su condición, deciden ejercer su voluntad y ser dueñas de sus cuerpos y de sus vidas.

Aunque *Lectura fácil* es un producto de su tiempo —en la medida en que aborda algunos de los tópicos más relevantes de la actualidad—, es también, sobre todo, su caricatura y cuestionamiento, el espejo deformado en que se miran los movimientos sociales y las luchas ideológicas, con sus alcances y sus límites, pero también sus contradicciones: “No llores, Marga, le digo dándole un klínex. Debes consolarte con que ahora el Mercado tiene nombre de mujer: es el totalitarismo

del Mercadona.” La corrección política y la ayuda humanitaria también se ponen en tela de juicio en esta novela para evidenciar que la sobreprotección y la victimización son dos caras de una misma moneda: el control. Bajo el espejismo de la inclusión, el bienestar y el bien común, el Estado procura el orden, es decir, el sometimiento. De ahí que el proceso de esterilización de Margara a manos de la Generalitat sea, a fin de cuentas, un brutal despliegue de poder que deviene en nada menos que la anulación del individuo.

Nadie está a salvo en *Lectura fácil*, pues lo que Morales pretende es dinamitar las certezas, las ideas preconcebidas y las convicciones establecidas. Por eso Àngels, después de memorizar las estrictas reglas del método de lectura, decide que lo verdaderamente importante es saltárselas. Porque solo la palabra, como instrumento de comunicación y de sedición, puede materializar su anhelo por la accesibilidad, la comprensión y la empatía: “Soy una escritora rebelde y universal / que ha tomado la iniciativa / de regenerar, democratizar y volver productiva la Lectura Fácil / sin miedo a saltarse las normas, / cueste lo que cueste, / caiga quien caiga.” —

LILIANA MUÑOZ es crítica literaria y colaboradora de la revista *Criticismo*.



HISTORIA La maquinaria escribiente



Martín Bergel
LA DESMESURA
REVOLUCIONARIA.
CULTURA Y POLÍTICA
EN LOS ORIGENES DEL
APRA
Lima, Biblioteca
Nacional del Perú,
2019, 382 pp.

RAFAEL ROJAS

En los últimos años una vertiente muy fecunda de la historiografía latinoamericana se ha empeñado en volver a contar la historia de la izquierda en el siglo xx. Una historia que, desde la Revolución mexicana de 1910 hasta la sandinista de 1979, no se puede escribir desde una perspectiva estrictamente nacional, como han intentado la mayoría de los historiadores, obligados en buena medida por un campo académico que sigue girando en torno al marco conceptual de los estados-naciones.

Algunos libros recientes, como los dos últimos de Claudio Lomnitz —tanto el dedicado a la red anarco-socialista de los hermanos Flores Magón en la frontera californiana como las memorias sobre sus abuelos Miguel Adler y Lisa Noemí Milstein, judíos socialistas que formaron parte del círculo mariateguista en Lima y que contribuyeron a conectar la revista *Amauta* con las ideas de Sigmund Freud y León Trotski— o el excelente volumen de Aldo Marchesi, *Hacer la revolución* —sobre las guerrillas de los Andes y el Cono Sur entre los años sesenta y setenta (Tupamaros y Montoneros, PRT-ERP argentino, ELN boliviano, MIR chileno y la Junta Coordinadora Revolucionaria, que los unió a todos)—, son buenos ejemplos de que,

si se aplica un enfoque transnacional, se avanza más y más rápido en el conocimiento de las izquierdas latinoamericanas.

Es lo que hace Martín Bergel en su libro *La desmesura revolucionaria. Cultura y política en los orígenes del APRA*, en donde se ocupa de los primeros años del proyecto encabezado por Víctor Raúl Haya de la Torre, específicamente durante la década de los veinte. En ese periodo el importante intelectual y político peruano era un peregrino sin reposo del ideal revolucionario que, en muy pocos años, recorrió buena parte de América Latina y Europa, defendió la Revolución mexicana, visitó la URSS y hasta se identificó con el Kuomintang, el partido nacionalista revolucionario chino, que muy pronto se enfrentaría al naciente comunismo en ese país.

La vida viajera y escribiente de Haya en aquellos años —“máquina de escritura” le llama Bergel, una expresión que antes se ha usado para José Martí y que perfectamente podría atribuirse también a José Vasconcelos— describe una evolución zigzagueante en términos geopolíticos o de alianzas internacionales. Una vez que el líder peruano formula la necesidad de una revolución antimperialista continental, inspirada, en gran parte, por la Revolución mexicana y el movimiento de la Reforma Universitaria cordobesa, se da a la tarea de encontrar resonancias internacionales que lo llevan a alianzas efímeras: con Vasconcelos y los revolucionarios mexicanos, con el Comintern soviético y los comunistas latinoamericanos, con el Kuomintang y los nacionalistas chinos, hasta quedar, para fines de la década, en contradicción con casi todos.

Tanto Carlos Aguirre en el prólogo como el propio Martín Bergel

sugieren que, tras quebrarse aquellas alianzas —a principios de los treinta, cuando Haya regresa al Perú, luego de su largo exilio durante el oncenio de Augusto Leguía—, el movimiento habría pasado a una fase más propiamente nacional con la creación del Partido Aprista Peruano, que intervino en las elecciones presidenciales de 1931, frente a la Unión Revolucionaria de Luis Miguel Sánchez Cerro. Lo cierto es que la perspectiva transnacional del APRA se mantuvo y se reinventó en las décadas siguientes, pero a partir del circuito más propiamente populista de la izquierda regional. Nada más habría que recordar la influencia del APRA en algunas revoluciones latinoamericanas como la cubana de 1933 o el movimiento liberal de Jorge Eliécer Gaitán en Colombia en los años cuarenta.

Los vaivenes geopolíticos del aprismo generaron fricciones, especialmente con la izquierda comunista, pero también con el nacionalismo revolucionario mexicano. Son conocidas sus polémicas con el cubano Julio Antonio Mella y el peruano José Carlos Mariátegui, que no forman parte de este estudio, pero también se glosan aquí algunas críticas de Haya a la Revolución mexicana, sin adelantar, tal vez, que el peruano escribió grandes elogios del agrarismo zapatista, a partir de su experiencia en la Ciudad de México entre 1923 y 1924. El libro de Bergel no presta la debida importancia a la relación de Haya con Vasconcelos y al impacto de México en la idea aprista de una Revolución indoamericana.

El flanco por el que avanza este volumen es otro: la historia de la irradiación del APRA en el Cono Sur, específicamente, en Argentina, Uruguay y Chile, pero también la historia colectiva del aprismo

peruano, desplazando la excesiva visibilidad que se ha dado a Haya en la narrativa sobre su movimiento. El ensayo “La travesía iniciática” parte de una reconstrucción precisa del efecto propagador de la idea de la Universidad Popular Manuel González Prada, que en Cuba tendría su variante con la Universidad Popular José Martí, para luego relatar el paso de Haya por Montevideo, Buenos Aires, Córdoba, Santiago y Valparaíso. En aquellas peregrinaciones, el líder va ganando adeptos: el uruguayo Carlos Quijano, el argentino Gabriel del Mazo, el veterano escritor chileno Paulino Alfonso...

Pero, como decíamos, a Bergel no le interesa solo Haya sino sus apóstoles: Manuel Seoane, Luis Heysen, Luis Alberto Sánchez, Serafín Delmar, Julián Petrovick, Antenor Orrego, Óscar Herrera, Carlos Manuel Cox, Eudocio Ravines... Y le interesan también —cosa que se agradece en una historiografía tan fuertemente patriarcal como la nuestra— las mujeres apristas, la poeta peruana Magda Portal o la costarricense Carmen Lyra. Hay pasajes espléndidos en este libro sobre el epistolario entre esas militantes de izquierda, a principios de los años veinte, cuando la fractura entre comunismo y populismo aún no se había producido, que ilustran la fuerza y pluralidad del movimiento socialista en aquella década.

La maquinaria escribiente del aprismo era, por tanto, un artefacto colectivo y sus poleas de transmisión eran libros, folletos, artículos, pero también periódicos como *La Tribuna*, que Bergel estudia exhaustivamente en un par de capítulos brillantes, o revistas como la mexicana *Humanismo*, que dirigieron el peruano Mario Puga y el cubano Raúl Roa. El diario *La Tribuna*

comenzó a publicarse en 1931, fundado por Seoane y Sánchez, justo cuando comenzaba la fase nacional del aprismo, y su historia es la historia de múltiples y sucesivas censuras e interdicciones que condensan la evolución del autoritarismo peruano en el siglo xx. Además de aquella publicación y de los propios ensayos de Haya, como los influyentes *Qué es el APRA* (1926) o *Por la emancipación de América Latina* (1927), o “El anti-Rodó” y *Balance y liquidación del 900*, del más prolífico de todos los apristas, Luis Alberto Sánchez, estaba la correspondencia con cientos de personalidades de la izquierda latinoamericana, europea y estadounidense.

El epistolario aprista, que recorre desde Vasconcelos y Mariátegui hasta Romain Rolland, Henri Barbusse y Rabindranath Tagore, pasando por Harold Laski y Bronisław Malinowski, es un archivo inagotable que Martín



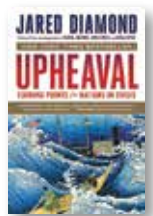
Bergel explora con sutileza y maestría. Sigue estando vivo ese acercamiento para quienes se acercan a uno de los movimientos más decisivos de la izquierda latinoamericana del siglo xx. Un movimiento que, frente a los prejuicios que en su contra levantaron las ortodoxias liberales y comunistas, hoy muestra una faceta creativa e intelectualmente sofisticada dentro del populismo latinoamericano del siglo xx. —

RAFAEL ROJAS es historiador y ensayista. Taurus publicó el año pasado *La polis literaria. El boom, la Revolución y otras polémicas de la Guerra Fría*.



ENSAYO

Psicoterapia para crisis nacionales



Jared Diamond
UPHEAVAL. TURNING POINTS FOR NATIONS IN CRISIS
Nueva York, Little, Brown and Company, 2019, 512 pp.

MOISÉS NAÍM

Los países son propensos a sufrir devastadoras crisis: caos político, calamidades económicas, guerra civil, desastres naturales, pandemias. Hoy, por ejemplo, graves crisis sacuden Siria, Yemen, Venezuela y el Congo. Las crisis son complejas, tienen muchas facetas y, a veces, también afectan a países ricos y desarrollados. En Reino Unido está el Brexit. En España, el impulso secesionista de Cataluña. En 2008, una crisis financiera sacudió el mundo. Hoy, Estados Unidos debate una y otra vez sobre las amenazas que minan sus venerables condiciones democráticas.

En su libro más reciente, *Upheaval. Turning points for nations in*

crisis, Jared Diamond, quien ganó el Pulitzer en 1997 con *Armas, gérmenes y acero*, intenta persuadir a sus lectores de que las crisis nacionales se parecen mucho a las personales y que, por lo tanto, pueden afrontarse de la misma manera en que proponen algunos psicoterapeutas. Diamond hace todo lo posible por demostrar que, a pesar de las enormes diferencias entre los individuos y los países, su enfoque puede aplicarse para diagnosticar y resolver crisis nacionales. Pero ¿en realidad pueden compararse los países y los individuos en situación de crisis? Su argumento no es muy convincente.

De los muchos defectos de su análisis, hay tres que sobresalen. En primer lugar, sin decirlo explícitamente, Diamond hace del voluntarismo —la suposición de que querer es poder— un determinante crítico del éxito o el fracaso de la gestión de una crisis, tanto en el caso de los individuos como en el de los países. Algunas personas tienen la voluntad de hacer todo lo necesario para superar sus crisis y otras no. Desde la perspectiva de Diamond, puede decirse lo mismo de los países; algunos tienen lo que hace falta tener para superar una crisis y otros no. Pero suponer que los resultados dependen mayoritariamente de la voluntad es cuestionable. ¿Puede una madre adolescente desamparada en un campo de refugiados resolver su crisis simplemente ejerciendo su voluntad? Describir la voluntad como una variable que conduce el comportamiento de un país entero es aún más problemático. La voluntad de un país es un concepto demasiado nebuloso para explicar una debacle nacional. El argumento de Diamond supone de manera implícita —o prescribe— la existencia de la unidad nacional. La

posibilidad de construir un consenso nacional es, en su opinión, una condición clave para la gestión exitosa de crisis. El problema es que la unidad nacional es escasa y difícil de crear, mientras que su ausencia es más común y, a menudo, la causa misma de la crisis.

Un segundo defecto en el análisis de Diamond es que da por sentado el papel del altruismo internacional a la hora de ayudar a un país en crisis. Está claro que el apoyo desinteresado de otros es con frecuencia esencial para la gestión de una crisis personal. Diamond afirma que se trata también de un factor clave para sobreponerse a las crisis nacionales. El problema es que este comportamiento, incluida la ayuda a otros países que lo necesiten, suele estar más motivado por los intereses y la política que por la generosidad. Si bien el altruismo a veces mueve la ayuda internacional, lo más común es que el apoyo externo llegue tarde, sea insuficiente, tenga condiciones muy duras o simple y trágicamente no exista.

Una tercera debilidad de la propuesta de Diamond es lo poco que se basa en el amplio y rico cuerpo de investigaciones sobre las causas, la prevención y los remedios de las crisis nacionales. Aunque el libro incluye referencias a algunos de los principales trabajos en este campo, sus descubrimientos están claramente ausentes del análisis del autor y, más aun, de sus recomendaciones.

En su lugar, Diamond se basa en la lista desarrollada por una escuela de terapeutas que propone doce factores que permiten predecir cómo sobrevivirá un individuo a una crisis. La lista incluye “reconocer que uno está en crisis, aceptar la responsabilidad propia a la

hora de hacer algo, obtener ayuda material y emocional de otros individuos y grupos”. Diamond entonces adapta esta lista a los Estados nación y explica que “los factores que los terapeutas han relacionado con los resultados en las crisis individuales demuestran que la mayoría de los factores de una lista tienen analogías reconocibles en la otra”. Los doce factores que considera efectivos para las crisis nacionales incluyen la existencia de “un consenso nacional en torno a la idea de que el país está en crisis, la aceptación de que el país es responsable de lo que hay que hacer, la obtención de ayuda material y financiera de otros países”. Para demostrar su teoría con ejemplos históricos, el autor analiza las crisis que han sufrido Finlandia, Japón, Chile, Indonesia, Alemania, Australia y Estados Unidos. Explica que su libro es un estudio “comparativo, narrativo y exploratorio acerca de las crisis y el cambio selectivo que se produce a lo largo de muchas décadas” en estos siete países, “desde una perspectiva del cambio selectivo en las crisis personales”.

Los casos de estudio de estos siete países y sus muy diferentes crisis nos proporcionan un tour por estas sociedades, guiados por un lúcido sherpa de 81 años que combina los talentos de un erudito, un buen escritor y un hábil contador de historias. Nos introduce, por ejemplo, a la crisis de Finlandia en 1939, cuando el país de 3.7 millones de personas recibió el ataque de la Unión Soviética y fue abandonado por sus aliados. La lucha fue intensa y desigual, y Finlandia perdió un 5% de su población masculina, una proporción que sería equivalente hoy a nueve millones de estadounidenses fallecidos en una guerra. Sin embargo los finlandeses

consiguieron mantener su independencia frente a la URSS, a pesar de que los superaban en una proporción de cuarenta a uno.

El retrato que hace Diamond de los esfuerzos de Finlandia es fascinante, pero su intento de encajar aquella crisis en sus doce factores es insatisfactorio. Ignora explicaciones alternativas sobre el éxito de Finlandia y eleva las anécdotas personales de sus amigos finlandeses al nivel de datos definitivos.

Diamond narra también con gran destreza una crisis que afectó a Japón en el siglo XIX. Sin embargo, de nuevo concluye su historia imponiendo su análisis terapéutico, que en este caso tampoco funciona bien.

Su estudio de la crisis chilena de 1973, cuando el general Augusto Pinochet derrocó al presidente Salvador Allende, elegido democráticamente, tiene las mismas deficiencias de análisis. Están ausentes las fuerzas económicas y el panorama político internacional y sobran las opiniones y anécdotas de los amigos chilenos de Diamond. Sobrestima la calidad de la democracia antes de 1970 y el rol de la agricultura en una economía dependiente en exceso de la minería; solo toca de manera superficial las presiones y choques que existían entre izquierda y derecha potenciados por la Guerra Fría. La solución de la crisis —y el regreso de Chile a la democracia— se dio a través de un compromiso político admirable y poco común, y a que los partidos estuvieron dispuestos a compartir y alternarse en el poder. Diamond también subestima el rol que tuvieron los activistas internacionales en la defensa de los derechos humanos y la importancia de los precios globales del cobre en el desempeño de la economía,

y minimiza el impacto que tuvo el fin de la Guerra Fría.

El esfuerzo enérgico pero poco convincente que emprende Diamond para demostrar que el caso chileno encaja en su lista distrae más de lo que contribuye a nuestro entendimiento de aquella crisis. Del mismo modo que *Armas, gérmenes y acero* —aunque más riguroso— acudía demasiado a la geografía para explicar acontecimientos complejos y multidimensionales, *Upbeaval* depende demasiado de la psicología.

En cierto modo, eso no importa. A pesar de que el análisis es reduccionista y, por último, defectuoso, las virtudes narrativas de Diamond son más que evidentes. Hay que ignorar sus intentos de encajar sus doce puntos terapéuticos en las historias que cuenta e igualmente ignorar sus correctas pero poco originales reflexiones sobre los riesgos que enfrenta hoy día la humanidad (armas nucleares, cambio climático, agotamiento de los recursos y desigualdad). En cambio es mejor dejar que este observador con experiencia y un extraordinario ojo para los detalles que revelan grandes verdades nos guíe en una interesante expedición alrededor del mundo y a través de momentos clave de siete países. *Upbeaval* funciona más como un diario de viajes que como una contribución a nuestro entendimiento de las crisis nacionales. —

Traducción del inglés de Ricardo Dudda.

*Publicado originalmente en
The Washington Post.*

MOISÉS NAÍM es distinguished fellow del Carnegie Endowment for International Peace. Es autor de *El fin del poder* (Debate, 2013) y *Dos espías en Caracas* (Ediciones B, 2019).

ENSAYO

La maldición
de Dorian Gray

Paul Morley
¿QUIÉN MATÓ A
MICHAEL JACKSON?
CÓMO LA SOCIEDAD
CREA Y DESTRUYE
ÍDOLOS
Traducción de Milo
J. Krmpotić
Madrid, Sexto Piso,
2019, 180 pp.

VALERIA VILLALOBOS GUÍZAR

El día que murió Michael Jackson, el crítico musical británico Paul Morley (Farnham, 1957) —como tantos otros periodistas y especialistas musicales en el globo— fue llamado por diversos medios de comunicación para hablar de la polémica figura que acababa de fallecer bajo circunstancias dramáticas: una sobredosis de diversas drogas entre las que se encontraba propofol, un potente anestésico utilizado para intervenciones quirúrgicas. Los medios buscaban que Morley sintetizara en menos de tres minutos la vida de uno de los personajes más excéntricos del mundo del pop. Frente a la injusticia que implicaba convertir a Jackson en una plana caricatura, Morley se vio forzado a evaluar y decidir qué aspecto de una figura tan polifacética como Jackson resaltaría, y comenzó a meditar sobre quién o qué mató verdaderamente al artista. Sabía que una cobertura informativa que culminara con frases como “Echaremos de menos al rey del pop” o “Se nos ha ido un grande” no sería suficiente para exponer lo que pensaba sobre él, así que emprendió la escritura de *¿Quién mató a Michael Jackson? Cómo la sociedad crea y destruye ídolos*, un libro que puede leerse tanto como una oda a una de las figuras prominentes de nuestro santoral laico de los Grammy como una apología a la ingenuidad del cantante.

Morley realiza, en poco menos de doscientas páginas, un diagnóstico poco revelador de la vida de Michael Jackson, una crítica biografista de su música y un psicoanálisis de manual, que relaciona distintos escenarios trágicos de una infancia perdida, con una carrera trepidante y una adultez desubicada. Esa radiografía emocional arroja un diagnóstico: Jackson era un adulto con discapacidad de cuyo declive profesional y humano es culpable su familia, la prensa y nosotros, sus espectadores.

Bajo la mirada de Morley, el cantante protagonizó una melodramática infancia marcada por los abusos de su padre Joe, miles de horas de ensayo y las exigencias propias del mundo del espectáculo. Su necesidad de aprobación y su ansia perfeccionista —patologías desencadenadas por la falta de amor familiar y de una infancia tradicional— generaron en Jackson esfuerzos desenfrenados por producir una identidad indeleble. El resultado fue una figura afligida, que solo se ha vuelto más críptica con la proliferación de libros, documentales y películas acerca de la estrella, imitadores, detractores y fans.

Para retratar la situación del cantante de los Jackson 5, Morley le habla directamente a Jackson, como si se tratara de un niño al que comprende y al que le justifica una infancia corrompida, una ingenuidad contaminada y el declive. También deja ver el juego de apariencias que implica el estrellato, un montaje que fácilmente lleva al desgaste de la personalidad: “Dedujo que el éxito del negocio de la música implicaba la creación de fachadas creíbles, y que limitar o replicar una forma de sinceridad

resultaba de hecho más útil y duradero que limitarse y ser sincero. No debías ser demasiado agradable, pero debías parecer muy agradable. Debías cautivar al público sin que pareciera que te servías de medios ruines para hacerlo, y debías entusiasmarlo sin que pareciera que habías ensayado desesperadamente, hasta perder el sentido, los gestos exactos que ibas a utilizar para lograrlo.”

A esta aproximación compasiva, Morley le suma la visión cuasimesiánica de los fans en contraste con aquella que difundió la prensa. Para los seguidores, la inocencia de Jackson era incuestionable. Los medios, en cambio, olvidaron que Jackson era un músico, y se dedicaron solo a evidenciar su monstruoso deterioro, sus disputas legales, sus excentricidades, enredos financieros, fetiches y extravagancias. Si bien Paul Morley dedica una parte del libro a la importancia musical de Jackson —su lugar destacado dentro los Jackson 5, su trabajo con Kenny Gamble y Leon Huff, sus innovaciones en MTV o su genial etapa con Quincy Jones—, para el crítico el cantante es, al fin y al cabo, un niño en busca de confort en su interior y, hacia el exterior, un perturbado ilusionista.

¿Quién mató a Michael Jackson? expone a la estrella bajo la maldición de Dorian Gray: un pobre artista que quiso fijar una apariencia refinada y eterna —similar a la del retrato ecuestre que le hizo Kehinde Wiley— pero que, como en la obra de Wilde, escondía un espíritu atormentado del que todos gozaríamos y al que todos perversamente aplaudiríamos. —

VALERIA VILLALOBOS GUÍZAR es escritora. Ha publicado, entre otros medios, en *Revista de la Universidad de México*, *Tierra Adentro* y *Gatopardo*.